



La Santa Sede

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL PRESIDENTE DEL SIMPOSIO
DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES DE ÁFRICA Y MADAGASCAR**

A monseñor

LAURENT MONSENGWO PASINYA

Arzobispo de Kisangani

Presidente del Simposio de las Conferencias episcopales de África y Madagascar

1. En este momento en que el Simposio de las Conferencias episcopales de África y Madagascar celebra su XII asamblea plenaria, me alegra dirigir mis más cordiales saludos a todos los participantes y asegurarles mi oración ferviente. A través de ellos saludo con afecto a todos los hijos del continente africano, "nueva patria de Cristo, tierra amada por el Padre eterno" (*Ecclesia in Africa*, 6).

En este año en el que la Iglesia celebra el gran jubileo, habéis deseado reuniros cerca de las tumbas de los Apóstoles para este importante encuentro que os permite revivir espiritualmente el acontecimiento de gracia que fue, hace seis años, la Asamblea especial del Sínodo de los obispos para África. El tema de vuestros trabajos, "*La Iglesia-familia de Dios, lugar y sacramento de reconciliación, de perdón y de paz en África*", está en plena armonía con el acontecimiento jubilar. En efecto, "el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del jubileo" (*Tertio millennio adveniente*, 51).

2. A cinco años de la promulgación de la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*, debemos constatar que la visión de conjunto de la situación del continente, tal como se presenta en ella, no ha cambiado sustancialmente. Numerosas naciones siguen siendo escenario de conflictos, de los cuales las poblaciones son víctimas inocentes. Al recorrer la trágica geografía de las luchas armadas, se constata que la que se desarrolla en la región de los Grandes Lagos es,

en cierto sentido, la más simbólica. Sin embargo, debemos tener presentes en nuestro corazón de pastores otros conflictos, a veces olvidados, que afectan a numerosos países africanos, a menudo desde hace varios años. Esos conflictos, debidos a causas externas e internas, constituyen una forma de desprecio de la persona humana, de sus derechos y de su dignidad. Esta actitud es, en gran parte, el origen de muchos otros males que afligen al continente, como el subdesarrollo económico, la pobreza, las migraciones forzadas, la difusión del sida y de pandemias que muchos creían erradicadas definitivamente, el saqueo de las riquezas naturales y el deterioro del medio ambiente.

3. La historia, llena de sufrimientos, de los pueblos de África es también la de la Iglesia en ese continente. Durante los últimos decenios, obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos, religiosas y laicos han sido brutalmente perseguidos e, incluso, asesinados. Algunas estructuras que servían al bien de toda la población, sin discriminación alguna, han sido saqueadas y destruidas muchas veces. Comunidades enteras han sido dispersadas.

Sin embargo, quisiera manifestar aquí mi satisfacción por el feliz desenlace de los dolorosos episodios que han afectado recientemente a la Iglesia en África a través de la prueba que han sufrido dos de sus pastores: monseñor Misago, obispo de Gikongoro, y monseñor Kataliko, arzobispo de Bukavu. Que la muerte inesperada de monseñor Kataliko, cuya triste noticia nos acaba de llegar, sea para la Iglesia y para África una semilla de esperanza y de paz. Quisiera, asimismo, rendir homenaje a todos los que, con valentía y abnegación, en situaciones difíciles, dan testimonio de Cristo, a veces incluso con la entrega de su vida; y deseo vivamente que en toda África la Iglesia pueda anunciar libremente el mensaje de amor de Cristo, tanto con sus palabras como con sus obras.

4. La asamblea plenaria del Simposio de las Conferencias episcopales de África y Madagascar es un momento privilegiado para confirmar la opción de la Iglesia como familia de Dios, "expresión de la naturaleza de la Iglesia particularmente apropiada para África" (*Ecclesia in Africa*, 63), y para determinar, cada vez con mayor precisión, sus consecuencias concretas, con vistas a una pastoral cada vez más adecuada. Para responder al mandato que Jesús le confió y cumplir su misión profética en medio de las naciones, la Iglesia está comprometida en numerosos sectores de la vida local, junto con los hombres y las mujeres del continente, sobre todo para contribuir a la reconciliación entre las personas y entre los pueblos, así como al establecimiento de la justicia, la solidaridad, la democracia y la paz.

Hoy, más que nunca, la Iglesia debe buscar caminos nuevos y eficaces para participar, según su vocación propia, en el desarrollo integral del hombre en sociedades fraternas y pacíficas. Para lograr este objetivo, la colaboración sincera con los demás creyentes, y con todos los hombres de buena voluntad, es un imperativo que ha de animar a los fieles, unidos a sus pastores, con espíritu de verdad y de respeto mutuo.

Exhorto a las comunidades católicas a ser lugares de auténtica reconciliación y a testimoniar enérgicamente la justicia y la paz en sus propias estructuras y en las relaciones entre sus miembros, recordando que "la Iglesia debe ser testigo de justicia, y, por ello, reconoce que quien se atreva a hablar a los hombres de justicia debe esforzarse por ser justo a sus ojos" (*Ecclesia in Africa*, 106).

El testimonio de la Iglesia como comunidad debe ir unido al compromiso de cada uno de sus miembros. Por eso, es necesario que laicos bien formados, humana y espiritualmente, ocupen el lugar que les corresponde en la vida pública, para que sean en ella la sal de la tierra. Todos deben recordar también que están llamados a la santidad de vida para ser signos auténticos y creíbles del amor de Dios en el mundo.

5. Dirigiéndome a mis hermanos en el episcopado y a todos los pueblos de ese amado continente, les renuevo mi apremiante llamamiento a la esperanza. En las situaciones difíciles en que vivís, no faltan rayos de luz: ¡el Señor no os ha abandonado! Para construir el mundo reconciliado al que todos aspiran, los africanos mismos deben ser los primeros en plasmar el futuro de sus naciones. Invito de nuevo a la comunidad internacional a no abandonar a África. Conozco los esfuerzos que ya se han realizado y que manifiestan una verdadera solidaridad. Es preciso proseguir esos esfuerzos y hacerlos más eficaces, en particular gracias a la cancelación o a la reducción de la deuda de los países más pobres.

Mi pensamiento se dirige con afecto a los países afligidos por la guerra. Exhorto con fuerza a todos los responsables a buscar sin cesar y con sinceridad los caminos de la reconciliación y a lograr que los acuerdos de paz no se conviertan en compromisos sin futuro, sino que se apliquen efectivamente para el bien común de los pueblos.

6. En el gran jubileo del año 2000, la reciente canonización de sor Josefina Bakhita es un motivo de alegría y confianza, no sólo para Sudán, cada vez más duramente probado, sino también para toda África. El camino que siguió en su existencia personal puede y debe llegar a ser un signo vivo para todo el continente: de la esclavitud a la liberación y a la plena realización humana y espiritual. Junto con todos los demás santos y beatos africanos, no dejará de interceder por su tierra y por un desarrollo fructuoso de los trabajos de vuestra asamblea.

Querido hermano en el episcopado, lo encomiendo a usted, así como a todos los miembros del Simposio de las Conferencias episcopales de África y Madagascar y a sus diocesanos, a la intercesión de la Virgen santísima, Reina de África, y a todos imparto de corazón una particular bendición apostólica.

Vaticano, 4 de octubre de 2000

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana